INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Divertidas y excéntricas

Pocas familias hay tan literarias como las Mitford. Todo en sus vidas -en la de cualquiera de las seis hermanas- es pura literatura y podrían parecer personajes de una novela. Ninguna de las Mitford fue al colegio: sus padres, Lord y Lady Redesdale, pensaban que era una excentricidad gastar el dinero en educarlas cuando estaban predestinadas a debutar en sociedad, encontrar un buen marido y pasar el resto de sus vidas dando instrucciones a las criadas. Pero ellas tenían otros planes.

Portada del libro.

De todas ellas, solo una siguió la vida para la que había nacido: Deborah se casó con un duque y ejerció de duquesa de Devonshire, cuidando de su mansión hasta su muerte. El resto fue una fuente continua de espectáculo: Pamela se casó con un científico, del que se separó para convivir en su granja con una mujer.

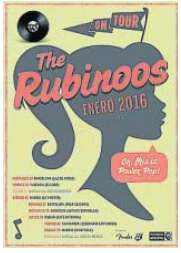
Nancy, la mayor de las hijas, se dedico a la literatura. Sus novelas, inspiradas directamente en sus familiares, eran sátiras sobre la alta sociedad inglesa. Diana fue la primera hermana que escandalizó a la sociedad al separarse de su marido para ser la amante de Oswald Mosley, fundador de la Unión Británica de Fascistas. No fue la única que simpatizó con el fascismo: Unity se fue a Alemania en cuanto descubrió la ideología nazi y formó parte del círculo íntimo de Hitler. Cuando se enteró de que Inglaterra declaraba la guerra a Alemania, su desesperación la llevó a pegarse un tiro en la cabeza y, aunque falló, las secuelas provocaron su muerte pocos años después. En el extremo opuesto, Jessica se escapó con un líder comunista y juntos viajaron a España en la Guerra Civil a defender la República. 'Las Mitford. Cartas entre seis hermanas' (edición de Charlotte Mosley; traducción de Andrés Barba y Carmen M. Cáceres; Ed. Tres Hermanas) es una jugosa correspondencia que recorre el siglo XX a partir de los vaivenes que sufrieron las Mitford. El libro, que se disfruta mucho más si se ha leído antes la biografía que apareció en Circe ('Las hermanas Mitford') o 'Nobles y rebeldes', las memorias de Jessica Mitford (Libros del Asteroide, 2014), muestra cómo los vínculos entre las hermanas estuvieron siempre por encima de la historia.

Las cartas dejan ver sus acercamientos y sus conflictos, pero por encima de eso siempre está la enorme capacidad que tuvieron estas seis mujeres para reírse de todo, empezando por ellas mismas, y encontrar siempre en el humor el punto de unión.

ARS SONORA / JUANJO BLASCO 'PANAMÁ'

Unas líneas prescindibles

Leo con placer las maravillosas crónicas del paso de Juan Perro por Zaragoza, me congratulo de que la nueva venida de Elliot Murphy sea un lleno y de que de nuevo el bardo maraville a la audiencia. Quisiera añadir un detalle más modesto pero entrañable. Ese mismo viernes los veteranos Rubinoos descargaron su power-pop también en la ciudad. No se trata de comparar (¿qué hay que comparar?) sino de hacer una pequeña reflexión. Ni por asomo tenía pensado uno sacar su cuerpo serrano a la rasca nocturna de la 'city' pero una invitación inexcusable obligó gratamente a coger la zamarra y pasarse por la antigua Lata de Bombillas, actual Robby Robot.



Cartel de The Rubinoos.

Pensaba acodado en la barra que los recuerdos debían permanecer en su sitio, tapaditos, y no era plan de parecer una vieja gloria intentando amarrar los viejos y buenos tiempos así que a poner cara de «yo en realidad estaba leyendo el 'Kafka' de Reiner Stach y estoy aquí por accidente, joven» (verídico, no crea). Pasmo número uno: poco a poco desfilaban tus compañeros de aventuras de muy principios de los 80. Caras de complicidad, abrazos, cervezas y todo eso. Todos hemos cambiado mucho pero seguía respirándose esa sensación de pillería y placer que cambió algunas vidas cuando asistíamos en una ciudad casi desolada a la explosión del punk, a la alegría de vivir del power-pop (Los Rubinoos, sin ir más lejos), a cuando nuestra pasión por la música no era pose sino regodeo puro, diversión y saltos.

Pasmo número dos: los Rubinoos no son una orquestilla de vejetes haciendo bolos para ganarse la vida sino una banda que sigue transmitiendo pasión, belleza y una descarga de pop memorable que hacía que la vieja guardia, cada uno situados en puntos distintos de la sala, nos echásemos miradas complices y sonriéramos a hurtadillas. Había algo más que espléndida música, había un montón de recuerdos que se refrescaban en medio de la calorina que fue llenando la sala. Era la felicidad de ver a una tropa pequeña pero espartana que hacía casi 35 años, sin saberlo, repartieron estopa simbólica en unas Termópilas chuchurrías. Pasmo número tres: tras el concierto departimos con los miembros del grupo. Ni gota de recuerdos de abuelo Cebolleta. La demostración viva de que ellos, los presentes y usted no debemos avergonzarnos de esas músicas inmensas que han llenado y llenan nuestra vida. Si la nostalgia es un error lo siento por sus recuerdos.